

# Uchuraccay: La política de la muerte en el Perú

Kimberly Theidon, Énver Quinteros

Como todos los años, se realizó la conmemoración del asesinato de ocho periodistas y un guía en Uchuraccay, ocurrido el 26 de enero de 1983. Una prueba de lo complejo del tema de la memoria histórica y la reparación.

Los hechos de Uchuraccay –que incluyen la muerte de 135 campesinos– nos permiten acercarnos a las brechas que siguen distorsionando la sociedad peruana. Sugerimos que la historia cuasi sagrada elaborada respecto de la muerte de los ocho mártires sirve como un microcosmos del Perú –un microcosmos de las relaciones de poder y etnicidad que implica que algunas vidas, y algunos muertos, valen más que otros.

## Prólogo

En el año 1998 se llevó a cabo la primera actividad conmemorativa en Uchuraccay, por iniciativa de un grupo de periodistas, la autoridad local del distrito y los familiares de los periodistas muertos. El 26 de enero de ese año se llevaría a cabo la caravana

hacia Uchuraccay, siguiendo la ruta que habían tomado sus colegas doce años atrás.

En los años posteriores iban institucionalizando la conmemoración, denominada "Ruta para la Paz y la Reconciliación Nacional". Y como iban institucionalizando el evento, también iban congelando en el tiempo los hechos de Uchuraccay, fijando un guion excluyente y reactualizando cada año una obra que no dejó espacio para la improvisación de los personajes secundarios: los comuneros de Uchuraccay.

## La conmemoración y la política del espacio

Este año la caravana de periodistas y los familiares salieron desde Tambo, sitio del

primer acto conmemorativo. Cinco camionetas y una *combi* enorme se arrancaron, iniciando la "Ruta por la Paz" con destino a Uchuraccay.

Nosotros nos despertamos muy temprano esa mañana ya en Uchuraccay. Los comuneros habían convocado una faena comunal para limpiar la pampa, y la limpieza fue acompañada por comentarios continuos sobre su cansancio respecto de la conmemoración anual y lo insultante que fue el comportamiento de los visitantes. Justo cuando don Cipriano nos comentó que "Llegan cada año

Kimberly Theidon es directora de Praxis, Instituto para la Justicia Social. Énver Quinteros fue becado del programa Batallas por la Memoria.

pero nunca saludan. Nunca nos tratan como seres humanos", el sonido de bocinas nos advirtió que los carros habían comenzado a llegar a la pampa del Nuevo Uchuraccay. Dos carros de la Municipalidad de Huanta entraron por arriba, y el personal de la municipalidad bajó para comenzar con las preparaciones. Llamaron a las autoridades y comuneros parados en la pampa, indicando que debían alistar las carpas y los fierros para armar el escenario.

Cuando los uchuraccáinos no mostraron gran interés en armar el escenario, dos representantes de la municipalidad levantaron sus voces, molestos porque las autoridades y los comuneros no obedecían sus órdenes. En su comportamiento vimos la condensación de un patrón de largo plazo: Cuando llegan "las visitas" —o sea gamonales, hacendados, curas o algunos representantes de las ONG— la expectativa es que los comuneros deben atenderlos trayendo agua, cocinando su comida y abriendo sus casas para que las visitas duerman bien.

De hecho, como una autoridad comunal nos explicó: "El primer año les recibimos, de todos los anexos vinieron. Matamos ocho carneros y preparamos toda la comida. El segundo año igual, pero matamos quince carneros. El tercer año, los periodistas y la gente de la municipalidad trajeron pollo de Huanta para ellos mismos nomás. Lo que sobró lo llevaron con ellos a Huanta y Tambo. Nunca nos han invitado nada. Nunca nos han reconocido".

Pasamos la mañana conversando con los uchuraccáinos y las uchuraccáinas, allá en el Nuevo Uchuraccay. Cuando retornaron en 1993 después de diez años de diáspora, trasladaron su comunidad hacia arriba por motivos de seguridad. Dejaron los ríos abundantes, tierras ricas y clima abrigador de la quebrada de abajo por la visibilidad brindada por la loma de cerro.

Es en el antiguo Uchuraccay donde las cinco camionetas y la *combi* pararon, y sus pasajeros bajaron para iniciar la parte religiosa de la conmemoración. Todos se reunieron alrededor de una cruz grande que ha reemplazado la corrida de toros de los años anteriores. Ahora el espacio ya no es festivo sino sirve como un cementerio donde se conmemora a los periodistas. Era notable la ausencia de los comuneros, quienes miraron desde arriba durante la misa.

Una vez terminada esta subimos hacia el Nuevo Uchuraccay, donde se ultimaban los detalles para la ceremonia oficial. A primera vista llamó la atención cómo las memorias distintas que evocaron ese día se reproducían en el uso de los espacios. El monopolio de la verdad se convirtió en un monopolio de la escena central.

En la periferia, unas veinte mujeres uchuraccáinas, hijos en brazos, desarrollaban una pequeña feria donde vendían queso, papa y chuño sancochados. Al frente del escenario central había una roca inmensa que sería encendida minutos más tarde con la antorcha de la paz llevada por un familiar de los periodistas muertos, el presidente comunal y una mujer en su "traje tradicional". Al costado de la roca cuatro uchuraccáinos sostenían la bandera nacional y la bandera de la paz. Metros más abajo, varios efectivos del Ejército



Fotos: Archivo Amauta



Foto: Archivo La República

vigilaban el horizonte de cualquier riesgo o peligro, porque, como habían insistido en Tambo, "la zona está movida".

Había un abrupto cambio demográfico cuando uno miraba el escenario central. El conjunto de visitantes estaba compuesto de periodistas, estudiantes, dirigentes y autoridades políticas, cámaras fotográficas y filmadoras en mano. El escenario fue enmarcado por una carpa grande adornada de banderolas de los gremios de periodistas departamentales y nacionales. En los bastidores esperaban el alcalde del pueblo y tres jóvenes vestidos con su "ropa tradicional" puesta encima de sus pantalones *blue jeans* y zapatillas deportivas. Desde la pampa nosotros también mirábamos, mientras que el señor Justiniano nos preguntó: "¿Hasta cuándo va a haber esto? A nuestros niños les está afectando. ¿Qué culpa podría tener un niño?". Cómo saber que dentro de algunos minutos la improvisación iba a interrumpir el guion establecido.

### De soliloquios y fraternidad

La próxima hora tenía como atracción principal una serie de expositores, cada uno de los cuales nos hacía recordar el destino sangriento de los ocho mártires. Nos hicieron recordar el "salvajismo de sus muertes", el dolor de sus familiares y los años que habían pasado en su lucha por la justicia.

Mirábamos a los comuneros alrededor de nosotros; la mayoría eran quechuahablantes. Las exposiciones hasta el momento eran todas en castellano, quedando claro quiénes eran considerados miembros de la audiencia ese día.

Entre los expositores figuraba el alcalde de Uchuraccay, don Joel Pacheco Huamán. El alcalde se paró para pronunciar, en castellano, una lista de las necesidades del pueblo, que incluyó la electrificación y una escuela inicial.

Los comuneros parados al lado comenzaron a murmurar entre

ellos y nos acercamos para saber de qué se trataba. Las críticas que habían estado en circulación esa mañana habían crecido, y no estaban satisfechos con la lista de necesidades. Repetían entre ellos lo que habíamos escuchado cuando la pampa era todavía parte de su pueblo y no el escenario mudo para la actualización de la conmemoración: "Queremos que dejen hablar a Paulino. Queremos ser reconocidos". El señor Justiniano agregó: "El pueblo de Uchuraccay ha pedido perdón. Estamos andando en reconciliación. Pero estos familiares siguen tratándonos como si fuéramos primitivos".

Si el tema de su manipulabilidad hizo eco de la semana previa, lo que no resonaba fue el tema de la fraternidad—por lo menos, antes de que habló José Coronel Aguirre, representante de la CVR-Sede Ayacucho. El señor Coronel cambió el tono de los discursos. No solamente se dirigió en quechua, sino que se refirió a los comuneros y las comuneras como "hermanos y

**... cuando los canales de televisión 2 y 5 pasaron las noticias, en la filmación no apareció ningún campesino. No había ni una palabra sobre los 135 uchuraccaínos muertos. Los monopolios continúan.**

hermanas". Por primera vez en tantos discursos, los campesinos fueron incluidos en la fraternidad peruana. Notamos la incomodidad de los periodistas, y los murmullos de aprobación de los uchuraccaínos.

Pero el tono cambió nuevamente una vez terminada la exposición del señor Coronel. El moderador concluyó el evento pidiendo un minuto de silencio por los ocho mártires. Los periodistas y los otros visitantes inclinaron sus cabezas respetuosamente.

Lo más interesante fueron las actividades simultáneas atrás de los bastidores. Los campesinos habían elegido al señor Paulino Huamán Quispe como su portavoz, y él estaba intentando negociar el uso del micrófono con los organizadores del evento. Estos insistían en que no había tiempo para un expositor más en el programa. Una refriega verbal seguía, con el señor Huamán y sus partidarios insistiendo en que él tenía el derecho de hablar frente a su comunidad, y los organizadores insistiendo en que no quedaba más tiempo para escuchar al señor Huamán.

Mientras que los organizadores insistían en que el tiempo se había acabado, todos los periodistas y los demás visitantes comenzaron a servirse platos

inmensos de pollo con arroz. Se sentaron bajo la carpa, balanceando sus platos pesados sobre sus rodillas. Distráidos por la comida, los organizadores descuidaron el micrófono por un momento, y el señor Huamán se acercó y comenzó a hablar a todos los comuneros y las comuneras de Uchuraccay.

Comenzó pidiendo que todos se acerquen, llamando a todos los miembros de la comunidad. Lentamente las señoras se levantaron y caminaron desde las márgenes de la pampa para reunirse con los comuneros que ya rodeaban al señor Huamán. Dirigiéndose en quechua, comenzó recordando a los 135 familiares asesinados en Uchuraccay, y en los demás pueblos de Iquicha, Huaychao y Cunya, enfatizando que "en todas las comunidades campesinas, como nosotros con esta violencia política, muchos han perdido sus vidas. Todos nos paramos para dar un minuto de silencio". Sin embargo, los visitantes seguían comiendo, lo que daba a la escena un aspecto grotesco.

Por fin alguien los convenció de que debían pararse. Su confusión fue palpable: esto no fue parte del programa –nunca había sido así, y algo (¿alguien?) estaba fuera de su lugar. La periferia había tomado el centro, pertur-

bando un esquema espacial –y discursivo– de largo plazo. De largo plazo porque, después de todo, estos visitantes no eran tan excepcionales –solamente estaban cumpliendo un guion social generalizable en el Perú.

### Epílogo

El día después de la conmemoración, los periódicos nacionales publicaron una declaración auspiciada por la CVR. Por primera vez en veinte años los nombres de los campesinos muertos en Uchuraccay salieron en la prensa, junto con los muy conocidos nombres de los ocho mártires. Sin embargo, cuando los canales de televisión 2 y 5 pasaron las noticias, en la filmación no apareció ningún campesino. No había ni una palabra sobre los 135 uchuraccaínos muertos. Los monopolios continúan.

Cuando nosotros nos despedimos de los comuneros en Uchuraccay, solicitamos sus opiniones sobre los acontecimientos de ese día. Algunos comentaron que por fin había reconocimiento de sus seres queridos fallecidos. Otros comentaron: "Es recién que tenemos derechos. Antes nos mataron de todos lados y no podíamos reclamar porque no había justicia"

Abrimos el texto pensando en Uchuraccay como un espacio para la reflexión, y de hecho lo es. Reflexionamos sobre lo lejos que estamos de construir una sociedad más inclusiva en la que, cuando se hable de "hermanos y hermanas", el rostro de un campesino también aparezca. ▲